

Una aproximación teórica a la posición geopolítica de India

AUTORES:

Andrea Arrieta Ruiz, Graduada en Periodismo; Máster en Paz, Seguridad y Defensa; Doctoranda en Seguridad Internacional en el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado. Correo electrónico: andreaips5@hotmail.com

Josep Baqués Quesada, Doctor en ciencias políticas; profesor de ciencia política y de geopolítica en la Universidad de Barcelona y en el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado y miembro del grupo GESI, de la Universidad de Granada. Correo electrónico: jbaquesq@ub.edu

RESUMEN

El privilegiado espacio geográfico en el que se encuentra India -tanto a nivel terrestre como marítimo-, coloca al país en una posición cercana al epicentro de la geopolítica mundial. Este hecho, sugiere la necesidad de realizar una aproximación teórica a la posición que ocupa India, tanto a nivel regional como internacional, para comprender la evolución del panorama geopolítico mundial durante los próximos años. De esta manera, a través de algunos de los marcos teóricos clásicos del ámbito de las relaciones internacionales, se analizará desde las tesis neorrealistas de Waltz y Mearsheimer esa postura defensiva a nivel internacional históricamente asociada con India, hasta su posición en el marco del sistema que definen Keohane y Nye y que se presenta como una red compleja constituida por los intereses y las interacciones y basada en la cooperación y en el concepto de *smart power*, resultado de la combinación entre el *hard* y el *soft power*.

PALABRAS CLAVE: India, geopolítica, relaciones internacionales, neorrealismo, neoliberalismo

INTRODUCCIÓN

A pesar de la privilegiada posición geográfica en la que se encuentra India - próxima al epicentro de la geopolítica mundial- tanto en la dimensión terrestre como en la marítima -en este último ámbito convendrá tener muy en cuenta la cadena de islas que posee en su costa oriental: Andamán y Nicobar (cierre potencial del Estrecho de Malaca)-, para determinar el lugar que ocupa en el tablero geopolítico mundial, se hará necesario analizar su proyección potencial, teniendo en cuenta su histórica fijación terrestre y su escasa voluntad de poder reflejada a través de una política exterior poco ambiciosa. A esto último, cabe sumarle los problemas endémicos que arrastra India incluso antes de su independencia en el año 1947 (diversidad y gigantismo geográfico, ingente crecimiento demográfico, pobreza y desigualdad, diversidad étnica y religiosa, débil cohesión interna, inhóspita posición geoestratégica...). En esta línea, se intentará vislumbrar hasta qué punto su espectacular crecimiento económico y su potencia demográfica bastan en sí mismas para convertir a India en una potencia.

En este sentido, a través de los marcos teóricos clásicos en el ámbito de las relaciones internacionales, se tomará como punto de partida el proceso de evolución desde los axiomas neorrealistas de Waltz o Mearsheimer y la tradicional postura de carácter defensivo de India -que, en principio, no contribuye a modificar su estatus, aunque resultará necesario considerar en este contexto el concepto de *balancing* y *bloodletting*-; hasta la tradicional inclinación de India por la política basada en el concepto de *partner*, que implica una actitud proclive al diálogo con los diversos actores que configuraran el sistema internacional y que se enmarca en la visión neoliberalista de Keohane y Nye.

UNOS APUNTES SOBRE EL NEORREALISMO

Uno de los rasgos más notables de la teoría neorrealista -reformulación del realismo clásico de Morgenthau- es el interés propio de los Estados como punto de partida -así lo considera también el enfoque neoliberal-. En este sentido, el neorrealismo coloca a los Estados como los actores principales del sistema - estatocentrismo- y sostiene la existencia de una conflictividad entre dichos actores como resultado de la anarquía imperante en una tesitura internacional, caracterizada por la autoayuda, y en la que destaca la marcada ausencia de una autoridad central. Así, esta autoayuda genera dinámicas basadas en la competencia que, a su vez, son inherentes al dilema de seguridad y al problema de la acción colectiva, estableciendo, de este modo, las bases de la interacción. Estas premisas son tan evidentes que, en lo estrictamente empírico, han sido asumidas hasta por los críticos del neorrealismo (Wendt, 1992: 392).

Dentro de la corriente del neorrealismo es posible encontrar dos enfoques: el neorrealismo defensivo de Waltz y el neorrealismo ofensivo de Mearsheimer. A pesar de que los puntos divergentes entre ambos no están perfectamente definidos, la mayor diferencia se encuentra en las aspiraciones de poder de los Estados. Mientras Waltz afirma que los Estados pretenden alcanzar un equilibrio de poder (Waltz, 1979: 192); Mearsheimer defiende la intención de dichos Estados de rebasar ese equilibrio de poder y aspirar a la hegemonía (Mearsheimer, 2001: 361).

Tanto Waltz como Mearsheimer sostienen que la búsqueda de poder por parte de los Estados nace de la necesidad de garantizar la seguridad. De esta manera y relacionado con lo anterior, mientras este último considera que los Estados se muestran desconfiados respecto de las intenciones de los otros y adoptan posturas más agresivas, Waltz defiende que éstos son menos temerosos y, por tanto, están dispuestos a asumir más riesgos que los llevan a orientarse hacia intereses particulares ajenos a la seguridad. De este modo, Waltz habla de Estados que se ajustan al *statu quo* y que se conforman con una cantidad concreta de seguridad; mientras Mearsheimer lo hace de Estados revisionistas, que se muestran incapaces de conformarse con el equilibrio de poder y pretenden alcanzar la hegemonía (Snyder, 2001: 151-158).

En lo relativo al poder, Mearsheimer también hace referencia a la distribución de este tras el fin de la Guerra Fría y mantiene que las políticas de poder no han desaparecido nunca de Europa y el Noreste de Asia. En este sentido, al hablar del noreste asiático, Mearsheimer lo describe como un sistema multipolar balanceado, de nuevo gracias a las relaciones disuasorias por la posesión de armas de destrucción masiva entre Estados Unidos, Rusia y China¹. En esta zona, son tres los Estados que poseen capacidades para llegar a desarrollar su poder potencial: China, Japón y Rusia. En esta línea, Mearsheimer advierte de que el crecimiento económico de China puede llevar a este país a alcanzar una posición privilegiada respecto de Estados Unidos. Asimismo, Mearsheimer recuerda las advertencias de Nye, que coloca como variable crítica la presencia de tropas estadounidenses en la ecuación de seguridad del este asiático. Así, para predecir la distribución de poder durante los siguientes años, será necesario tener en cuenta los niveles de poder de los principales actores en cada región y los movimientos de Estados Unidos, que intentará contener las aspiraciones de poder por parte de cualquier Estado, a través de la estrategia conocida como *offshore balancing*.

Otra de las estrategias que destaca Mearsheimer es la conocida como *bloodletting*, un mecanismo utilizado por los Estados, que se basa en permanecer impasible ante el “derramamiento de sangre” fruto de enfrentamientos entre otros Estados, con el objetivo, por parte de este primer Estado “observador” de salir fortalecido gracias al proceso de debilitamiento mutuo de los Estados involucrados en el conflicto.

No obstante, el neorrealismo presenta algunas limitaciones que han impulsado la generación de otras teorías explicativas en el marco del sistema internacional, como resultado de oposiciones, reformulaciones o ampliaciones de los axiomas neorrealistas. Así, desde el neoliberalismo, se considera que el sistema posee dos dimensiones: la estructura y el proceso; y es precisamente en este punto, donde se lanza una de las mayores críticas al neorrealismo: la ausencia de la valoración de factores sistémicos no estructurales, como la capacidad de los Estados de comunicarse y cooperar. Esto se alza como un punto importante, dado que los factores sistémicos no estructurales -como la comunicación entre Estados- pueden alterar los resultados, tal y como ocurre en el clásico dilema del prisionero (Keohane & Nye, 1987).

¹ De acuerdo con la teoría del *off-shore balancer* de Mearsheimer, Estados Unidos tiene la intención de contener a cualquier poder alternativo que quiera hacerse con la hegemonía en Asia; Algo que ha contribuido a que Rusia y China no se encuentren en posición de proyectar su poder militar en la zona.

Keohane y Nye entienden el mundo desde la misma perspectiva que los neorrealistas: de una manera utilitaria y racional. Además, lo ven como una estructura anárquica en la que no existe una autoridad central, donde los actores persiguen sus propios intereses y en la que la política se encuentra basada en un proceso de intercambio que se caracteriza por la negociación. En este sentido, el neoliberalismo pretende vincular el análisis neorrealista al concepto de interdependencia, que se alza como elemento central de su teoría. Así, el neoliberalismo trata de ayudar a explicar la variación de una manera institucional -desde la dimensión del proceso que constituye el sistema- sin negar la validez de muchos de los principios neorrealistas sobre poder e intereses (R. O. Keohane & Martin, 1995). De esta forma, el neoliberalismo pretende indicar las condiciones en las que las proposiciones neorrealistas son válidas.

Mientras el neorrealismo se centra en las demandas de poder y de seguridad por parte de los Estados; el neoliberalismo estudia las acciones de los Estados, pero también de otros actores, reduciendo el papel de la fuerza y la insistencia de los Estados en su posición de poder relativo. Así, en contraposición a las premisas neorrealistas, el neoliberalismo defiende el papel de las instituciones como mecanismo de control del poder y de los intereses de los propios Estados. Estas instituciones son creadas, precisamente, por esos mismos Estados por sus efectos previstos en los patrones de comportamiento. De esta manera, las potencias se valen, en el marco de las instituciones, de reglas generales que establecen las pautas de actuación por parte de los demás Estados, para poder influir en los eventos de todo el mundo (Keohane, 1998). En este sentido, Keohane y Nye consideran que los Estados no se centran en la consecución de los intereses propios a través de la fuerza, sino que el sistema se constituye como una red compleja en la que se deben tener en cuenta los intereses y las interacciones. Así, resalta la cooperación como manera fundamental de interacción entre los distintos actores. No obstante, supedita el funcionamiento de las instituciones a la reciprocidad entre Estados, reconociendo algunos problemas que se pueden plantear al hablar de cooperación como la desconfianza por parte de los Estados respecto de las intenciones de los otros o la dificultad de realizar una coordinación de las acciones propias -equilibrios múltiples-, puesto que existe más de un resultado derivado de la relación de cooperación.

Por otro lado, ese uso limitado de la fuerza que defiende el neoliberalismo se alza como la base de análisis de la interdependencia económica, un hecho que desemboca en la concepción de interdependencia compleja, elemento central de su tesis neoliberalista.

La interdependencia compleja se presenta como un tipo ideal que describe la situación entre un número determinado de países en los que múltiples canales -cuyo control no pertenece a los Estados- conectan a las sociedades entre sí. En este sentido, no existe una jerarquía de asuntos ni el uso de la fuerza entre Estados. Se trata de un sistema en el que la seguridad y el uso de la fuerza -*hard power*- tiene menos peso y resulta más sencillo penetrar en los Estados e influir en su agenda política (R. O. Keohane & Nye Jr., 1998).

En cuanto a la naturaleza del poder, el neoliberalismo establece una distinción entre poder conductual -capacidad de obtener los resultados deseados- y poder basado en recursos. En relación con el poder conductual es donde se encuentran los conceptos

de poder blando *-soft power-* y poder duro *-hard power-*, que han ido apareciendo a lo largo de las anteriores líneas. Así, el neoliberalismo define el poder duro como la capacidad de los menos vulnerables para manipular o escapar de las limitaciones de una relación de interdependencia a bajo coste; mientras que el poder blando se basa en la obtención de resultados por convergencia de intereses con otros *-atracción, en lugar de coacción-*. En este punto se aclara que el poder blando no descansa sobre el poder duro, aunque ambos se encuentran relacionados.

Como resultado de la anarquía inherente al sistema, los Estados prefieren asegurar sus ganancias relativas que aspirar a ganancias absolutas, con el objetivo de proteger su poder y su estatus. Así, cuando se presenta la situación en la que dos Estados poseen intereses contradictorios, el papel de las instituciones pierde peso, aunque resultará fundamental tener en cuenta un factor importante: las condiciones en relación con las ganancias relativas. Así, el *hard power* (poder militar y económico) resultaría insuficiente para imponer un orden internacional determinado y, de este modo, sería necesario desarrollar también el *soft power* (cooperación, alianzas...); un hecho que, a su vez, desembocaría en el concepto de *smart power* como combinación de los dos anteriores.

En definitiva, lo que el neoliberalismo plantea es que todas las situaciones que forman parte de las redes de la política mundial se posicionan en un punto intermedio entre los tipos ideales que plantea el neorrealismo y el neoliberalismo *-la interdependencia compleja-*; de este modo, persigue el emplazamiento de una situación en el continuo neorrealismo-interdependencia compleja, con el objetivo de contribuir a la explicación de procesos políticos observables. De esta manera, Keohane y Nye, entienden que el neorrealismo se ajusta mejor al estudio del sistema a nivel estructural y el propio neoliberalismo es más útil en el marco del estudio del sistema como proceso.

UNA APROXIMACIÓN A LA POSICIÓN GEOPOLÍTICA DE INDIA

India aún alberga los destellos de una gran civilización pasada y las reminiscencias del dominio colonial británico bajo el que se encontraba desde el siglo XIX. Una tierra que atesora pedazos de historia en forma de una gran diversidad cultural que tiñe su identidad. Por eso, para realizar una aproximación a India y comprender su posición, tanto a nivel regional como internacional, resulta fundamental realizar un recorrido por su cultura e identidad.

Tras la rebelión impulsada por Mahatma Gandhi, India alcanza su independencia, poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial, en el año 1947; en ese mismo año se produce la escisión de una mayoría musulmana al noroeste, dando lugar a un nuevo Estado: Pakistán. Este hecho dejó más de un millón de víctimas y se trata de uno de los mayores desplazamientos humanos forzados de la historia *-14 millones de desplazados en un mes-*. Después se produciría el surgimiento de una Cachemira dividida y el conflicto entre India y Pakistán; además de la resistencia hacia la unidad de varios Estados y amenazas de secesionismo relacionadas con el lenguaje como negocio inacabado del colonialismo. Más tarde, en 1971, se producirá otra escisión que daría lugar a Bangladesh.

Tras su independencia, India aprueba su Constitución en el año 1950 y se establece como República Federal Parlamentaria que se configura en 29 Estados y siete Territorios de la Unión (Figura 1).



Figura 1. Mapa político de India, Fuente: <https://mapamundi.online/>

Desde su configuración como Estado, a nivel político es posible encontrar dos partidos dominantes, que se basan en la lectura de la identidad estatal desde su independencia: el Congreso Nacional Indio -también conocido como el Partido del Congreso-, de izquierda moderada; y el BJP (Bharatiya Janata Party), nacionalistas de centroderecha.

Ambos partidos representan el prestigio y el orgullo nacionales, que se encuentran entrelazados con una construcción limitada de identidad y cultura como principios de dos interpretaciones que se corresponden con cada partido: el nacionalismo secular, asociado al Partido del Congreso; y el etnonacionalismo del hinduismo, relacionado con el BJP. Además, la comprensión e internalización de los valores inherente a la cultura india se encuentran incluidos en el discurso político de ambas partes y se promueven en el contexto interno, regional y global. Estos valores reflejan las huellas de la historia y de la dominación extranjera.

En cuanto a sus diferencias, algunos analistas subrayan que el Partido del Congreso se basa en un nacionalismo secular y cívico, caracterizado por la identidad territorial en función de parámetros como la geografía o la cultura y que defiende la no violencia y la no alineación. Por su lado, el BJP representa un nacionalismo étnico del que deriva una construcción político-cultural orgánica, basada en la ascendencia étnica y la tradición centrada en las comunidades culturales y sus historias, colocando la geografía y la religión como principales denominadores del nacionalismo. El BJP promueve los valores hindúes, lo que se conoce como *Hindutva*.

Esta configuración de su política interior ha tenido su influencia en la evolución de la política exterior de India. En contraste con la conflictividad que rodeó su independencia y el nacimiento de India como nación, es posible encontrar una actitud internacional que enfrentó estas realidades y sentó las bases de la reflexión sobre el estado de la política exterior, a partir del año 1990.

La evolución de la política exterior de India

Se considera que esta política exterior ha atravesado cuatro fases: de Nehru a Gandhi, a la doctrina Gujral y, por último, hacia un enfoque más pragmático (Schmidt, 2017).

En la primera fase, Nehru se basó en el idealismo y en la no violencia para promover una visión moral de cooperación y paz mundial, estableciendo las bases del nacionalismo cívico, basado en la tolerancia, la concesión de derechos a minorías y el laicismo constitucional. Es sintomático, en este período, el protagonismo de su gobierno en el impulso del movimiento de los países no alineados, surgido tras la Conferencia de Bandung, de 1955.

La segunda fase se inicia con el conflicto fronterizo entre China e India en el año 1962. En esta fase, la líder del Partido del Congreso, Indira Gandhi, desarrolla una visión más realista basada en las oberturas religiosas y en la política étnica como fuente de fortaleza; un hecho que empuja a India a participar en conflictos de carácter étnico en el interior y en el exterior de sus fronteras. También se produce una alianza con la URSS -produciéndose un cambio en la apolítica de no alineación- y surgen nuevos partidos regionales y movimientos secesionistas en Cachemira, Assam y Punjab. En esta fase también destaca la desastrosa intervención militar en Sri Lanka², con fuertes efectos de contagio en el estado de Tamil Nadu. Esta mezcla de religión, política y étnica tiene se alza como el germen del nacimiento de la *Hindutva* -base ideológica que, como ya se ha indicado, tomaría el BJP-.

La doctrina Gujral -recibe su nombre de quien fuera el ministro de asuntos exteriores primero, y del primer ministro de India después- marca el inicio de la tercera fase. Este período coincide con el de crisis de la URSS y se extiende hasta bien entrada la primera década del s. XXI. Es decir, coincide con la crisis de Rusia. Lo cual

² Hay que tener en cuenta que esta isla contiene población hindú, aunque se trata de una minoría, en relación con la mayoría cingalesa, de religión budista (algo más del 70% de la población) y la también minoritaria población musulmana. Los tamiles, empleando medios violentos, tratan de conseguir un Estado propio en la zona habitada por ellos, al menos desde 1972. Mientras que la India trató de mediar, enviando tropas sobre el terreno, pero sufriendo más de 1.000 bajas. Además, una consecuencia indirecta de esa intervención fue el asesinato de Rajiv Gandhi, en 1991.

sugiera una influencia del sistema internacional, como posible variable explicativa del comportamiento del Estado. No en vano, India rebaja el énfasis de sus relaciones con Moscú, regresando a un escenario de neutralidad y no alineamiento. Asimismo, trata de mejorar las relaciones con sus vecinos, ya que la doctrina Gurjal se basa en el principio de adaptación no recíproca por el que India debía ofrecer más de lo que recibía en su relación con sus vecinos más pequeños.

Esta doctrina se basaba en cinco puntos: no reciprocidad, buena fe y confianza con los vecinos; ningún país del Sur de Asia debía permitir que su territorio fuese utilizado contra los intereses de otro país de la región; ningún país de la región debía interferir en los asuntos internos de otro; todos los países del sur de Asia debían respetar la integridad territorial y soberanía de los demás; y se debía alcanzar una resolución de las disputas mediante negociaciones bilaterales pacíficas. Todo esto, ponía de manifiesto el cambio hacia un poder blando, tras los fracasos de la utilización del poder duro por parte de India en los años 70 y 80. En esta fase, también se produjo un cambio en la relación entre India y China, cuando India mejoró sus relaciones con su gran vecina -lo que sugiere una estrategia de *bandwagoning*-.

Por último, la cuarta fase, se corresponde con un enfoque más pragmático, en el que se produjo un giro en la política exterior india tras el fin de la Guerra Fría y la caída de la URSS. El apoyo de India al movimiento de países no alineados se intercambió -no se sustituyó- por una postura más flexible, pragmática y segura de sí misma. Esta postura fluctuante se alzó como un reflejo de su deseo de reivindicar su papel en el contexto del sistema internacional y se acompañó de una expansión de sus capacidades militares, económicas y tecnológicas que le hicieron colocarse a la vanguardia de la carrera armamentística en Asia, convirtiéndose en una potencia nuclear avanzada³, contando entre sus filas con más de un millón de efectivos y siendo el país que más armas compraba en el continente.

En la actualidad, dos son los enfoques que compiten en el ámbito de la política exterior: el post-Nehru, que da prioridad al papel de la ONU -y que se muestra muy crítico con EE. UU.-; y el anhelo del ascenso de India en el sistema mundial, que se centra en las relaciones triangulares Delhi-Washington-Pekín. Por lo demás, India, históricamente se ha mostrado reticente a la aplicación del derecho internacional por considerarlo como un vehículo de dominación occidental.

Estos enfoques convergen en la preservación de la autonomía estratégica de India, entendiendo esta como una matriz político-cultural, basada en la no violencia de Gandhi contra el colonialismo británico; de tal manera que, la filosofía de Gandhi se mezcla con la religión y la política y se traduce en una no alineación como un concepto casi espiritual y sagrado.

³ De todos modos, hay que tener en cuenta que el propio Nehru, a pesar de su teórico pacifismo, aceptó el desarrollo de armas nucleares en India, siempre con fines defensivos. De hecho, la primera prueba nuclear data de 1974. Dicho lo cual, el celo indio por este tipo de armas ha ido creciendo, al amparo de su conflicto latente con Pakistán, sin descartar que el hecho de que China sea una potencia atómica constituya, en sí mismo, un buen estímulo para no cejar en esta política.

Poder potencial vs. Poder real: ¿llegará India a alzarse como una gran potencia?

Mearsheimer distingue el poder potencial del real. El primero alude a la demografía y a la economía, mientras que el segundo alude a las capacidades militares. De acuerdo con este autor, para hacerse una idea fehaciente de las posibilidades de que un Estado se convierta en una gran potencia, o en un hegemon regional, no basta con atender al poder militar, sino que es conveniente tener en cuenta sus premisas, que operan a modo de cimientos del aparato militar.

Por lo tanto, de acuerdo con este marco teórico, es necesario analizar, en primera instancia, tanto los puntos fuertes, como los débiles, de la demografía y la economía de la India. En esta primera aproximación no vamos a entrar en detalles. Pero es preciso asumir unos mínimos.

En cuanto a la demografía, India compite con China por ser el Estado más poblado del mundo. Con la salvedad de que, geográficamente hablando, India es más pequeño⁴, con lo cual tiene una mayor densidad de población.

En el marco de la reflexión sobre el poder de India conviene recordar sus restricciones de carácter interno y externo. El país asiático posee una serie de debilidades internas derivadas de la herencia colonial y sus posteriores fronteras arbitrarias; esto ha desembocado en su incursión en varios conflictos territoriales con algunos de sus vecinos. Además, su ingente diversidad entre etnias religiosas y culturales pone en peligro su cohesión social. En este sentido, también se habla de un fracaso del aparato estatal por su violencia y su falta de imparcialidad, así como su incapacidad para dar solución a algunos problemas que arrastra tradicionalmente India, como la cuestión de la redistribución.

Por consiguiente, en un análisis demográfico, los números no lo son todo. La heterogeneidad interna puede ser sinónima de fragilidad. Ahí se hablan 15 lenguas y 1.600 dialectos. Así, por ejemplo, a principios de siglo, apenas un 40% de la población hablaba hindi (Kochanek y Hardgrave, 2008: 21). Por otro lado, aunque el 80 % de su población es hindú, el subcontinente es habitado por un 12-14 % de musulmanes (Alcalde, 2016: 10) y la tendencia, a lo largo de los últimos 30 años, lo es a un ligero descenso de los primeros y un ascenso proporcional de los segundos. Actualmente, los musulmanes indios son cerca de 150 millones de personas, entre los cuales destacan, por sus reivindicaciones, los punjabis (etnia dominante en Pakistán). Si bien se mantiene latente la amenaza yihadista. Asimismo, existen otras minorías descontentas con las políticas de Nueva Delhi (pensemos en los 60 millones de tamiles que residen en la India). Todo lo cual convierte a la India en un polvorín en potencia, condicionando su rol como gran potencia.

En cuanto a la economía, India ha seguido su propia vía hacia el desarrollo, desafiando la ortodoxia. Ha combinado planes quinquenales y estímulos capitalistas, estos últimos, sobre todo, a partir de mediados de los años 70 del siglo XX. Aunque ello también haya propiciado el mantenimiento de desajustes, raros en los Estados más avanzados. De hecho, la mayor parte de la población vive en el ámbito rural (72%), conviviendo con un sector agropecuario de mera subsistencia y bajos ingresos.

⁴ China casi triplica la superficie india. En principio, la escasa demografía es una vulnerabilidad, dado que el territorio no ocupado por la población propia, puede serlo por migraciones externas, no siempre desinteresadas. Por lo tanto, desde ese punto de vista, India estaría en una buena situación.

Situación que llegó al límite a principios de los años 60, incluida una hambruna, y que se resolvió, en parte, desde finales de los años 60, mediante la introducción masiva de fertilizantes, insecticidas, métodos modernos de riego y tractores. Pero, como quiera que esos avances no pudieron ser implementados en todo el territorio, incrementaron las desigualdades de renta ya existentes.

Tampoco la educación, pese a sus avances, ha estado a la altura de las circunstancias. Bien entrado el siglo XXI, nos encontramos ante un Estado que contiene el 17% de la población mundial, pero que contiene a su vez el 40% de los analfabetos del mundo (Kochanek y Hardgrave, 2008: 12). La intersección de esos factores está en la base de la explicación de que cerca de la mitad de las familias indias vivan por debajo del umbral de la pobreza o bien justo en la frontera de ese umbral, mientras que su clase media todavía es débil.

Sin embargo, esto no ha sido óbice para que India tuviera un crecimiento económico sostenido de entre el 5% y el 8.5% desde principios de los años 90 (Kochanek y Hardgrave, 2008: 453), debido a reformas que han potenciado las inversiones en el sector secundario, el apoyo a grandes terratenientes y varios programas de ayuda a la población más desfavorecida, que de ese modo ha mantenido (o alcanzado) cierta capacidad de consumo. Pero, sobre todo, debido a un impulso definitivo a las políticas de liberalización (incluyendo la privatización de facto de empresas públicas, dada la permisividad hacia la entrada de capital privado), tras la etapa de transición iniciada a mediados de los años 70, que incluyeron el fomento de una inversión extranjera que, hasta entonces, estaba bajo mínimos (Alcalde, 2016: 30).

¿Qué perspectivas depara el futuro? Mejores, de acuerdo con diversos síntomas. El primero de ellos, este nuevo pragmatismo económico, que rompe con la esclerosis burocrática propia vigente hasta hace 40 años. Algunas industrias tradicionales han sido potenciadas y exportan (por ejemplo, la farmacéutica). Pero también se constatan avances de las ingenierías, especialmente las vinculadas a la generación de *software* y de *hardware* que, además, ha contribuido a paliar los problemas de una balanza comercial (Anand, Kochhar y Mishra, 2015: 5) que sigue siendo claramente deficitaria. También se han dado grandes avances en tecnologías punta, como telecomunicaciones o inteligencia artificial (drones). Mientras que su dependencia del crudo es enorme: India importa el 80% del crudo que necesita (Dalei, Roy y Gupta, 2017: 726). Aunque eso se ha visto compensado, en parte, por la aparición de una incipiente industria nacional de refinado del petróleo, que aporta nuevas exportaciones.

Todo ello, unido al hecho de que ya se están comenzando a recoger los frutos del crecimiento acumulado en los últimos 25 años, está provocando una mejoría de su posición en los baremos de igualdad, como el índice GINI, en el que India está algo mejor que China y que los propios EEUU, llegando a estándares propios de Estados del sur de Europa⁵.

En esta línea, la combinación de ese poder demográfico y este potencial económico, en franca expansión, permite pensar, incluso, en un milagro indio que no

⁵ <https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?end=2017&start=2017&view=bar>

ande muy a la zaga al milagro chino, con lo que ello implica a la hora de estimular tanto la necesidad, como la realidad, del gasto en defensa.

Por otro lado, el poder real de India se basa, fundamentalmente, en su potencia nuclear y en la solidez de sus fuerzas armadas convencionales. En este sentido, la posición geográfica de India implica una mirada hacia la seguridad para el abastecimiento de fuentes de energía y materias primas y la potenciación de su vector naval por su ubicación en la península indostánica y su proximidad al Estrecho de Malaca. En este sentido, India ha sido capaz de superar su fijación terrestre (Bhattacharya, 2019) y ha desarrollado el carácter naval de su programa nuclear, basado en la disuasión nuclear mínima creíble -se ha de tener en cuenta que India se adhiere al principio de “*not-first-use*”, por lo que, se ha visto obligada a desarrollar sistemas que garanticen su seguridad frente a un potencial ataque-. El desarrollo de su programa naval le ha llevado a poseer una de las marinas de guerra más poderosas del planeta, en concordancia con su capacidad económica, demográfica y su propia ubicación -rodeado por mar y con varios archipiélagos bajo su control, entre los que destacan Andamán y Nicobar, en su costa oriental, por presentarse ambos como un potencial cierre del Estrecho de Malaca-; constituyendo así el costado oriental del área de “penetración de la violencia” global que definía Brzezinski (Baqués, 2016).

La capacidad de convertir la potencia económica y/o nuclear en un poder geopolítico significativo depende de las limitaciones geográficas y geoestratégicas a las que se enfrentan los Estados.

En este caso, India se encuentra limitada por sendos factores geoestratégicos como la posesión de armas nucleares por sus vecinos Pakistán y China, su alta dependencia de importaciones energéticas y de otros recursos, su débil base de manufacturación y tecnología, su alta dependencia en el marco de importación de armas de proveedores externos, su limitado -tanto cuantitativa como cualitativamente- arsenal nuclear -pese a sus intentos de desarrollo conjunto con Rusia e Israel- y la situación regional que subraya el ascenso de China, que, pese a su poder real, hacen que India no se encuentre en posición de erigirse como una gran potencia (Sridharan, 2017).

Así, India se presenta como una potencia media, contenida en el Sur de Asia que, pese a su participación activa -que ha promovido el primer ministro Modi, durante los últimos años- en foros multilaterales como la OCS (Organización de Cooperación de Shangái), SAARC (Asociación Surasiática para la Cooperación Regional), BIMSTER (Bahía de Bengala para la Cooperación Técnica y Económica Multisectorial) o ASEAN y sus intentos de adhesión permanente en el CSNU (Consejo de Seguridad de Naciones Unidas) para reclamar una posición más contundente a nivel internacional; presenta serios problemas de conversión de potencia media a gran potencia por las limitaciones geoestratégicas ya mencionadas. No obstante, aunque la mayoría de los foros multilaterales recogidos anteriormente no resultan, en líneas generales, demasiado efectivos en materia de cooperación regional y resolución pacífica de disputas -por la influencia de las políticas regionales y las diversas desavenencias entre los vecinos, problemas en el marco de la cooperación que ya predijo el neoliberalismo-; la IORA (Asociación de la Cuenca del Océano Índico) sí está favoreciendo la cooperación entre los Estados ribereños y está dotando a India de una posición más sólida a nivel regional; de tal manera que, está allanando el camino para que India contrarreste la influencia china en la región (Srimal, Megha y Sharon, 2018).

Un enfoque mahaniano: De Asia-Pacífico a Indo-pacífico

Durante la Guerra Fría, Estados Unidos desplegó una red de seguridad en Asia-Pacífico para luchar contra el posible resurgimiento de Japón, tras los sucesos de la Segunda Guerra Mundial y allí se mantuvo también tras la caída de la Unión Soviética, para evitar que China emergiera como hegemonía regional (Mearsheimer, 2001).

El término indo-pacífico ha sido fomentado por Estados Unidos, años más tarde, tras considerar a India como aliada desde el año 2004, por cuestiones geoestratégicas. Este concepto abarca el espacio desde la costa de Japón hasta la costa este de África y pone de relieve el intento geoestratégico de aglutinar la geopolítica del Océano Pacífico e Índico, como fiel reflejo de realidad geopolítica asiática -de marcado carácter marítimo- del siglo XXI.

El Océano Índico se presenta como el tercer océano más grande del mundo. Baña la Península Indostánica y desempeña un papel fundamental en la geopolítica y la seguridad colectiva en la región.

La estrategia de India ha estado tradicionalmente orientada al medio terrestre, fundamentalmente por sus conflictos territoriales con China y Pakistán y por la presencia de la Marina Real Británica en el Índico, como reminiscencia de aquel pasado colonial; por lo que India, durante muchos años, no le prestó demasiada atención al medio marítimo. No obstante, en los años 60 la situación comenzó a cambiar. Debido a un par de incidentes que tuvieron lugar durante la Guerra Fría⁶, India comenzó a desarrollar su potencia marítima con la política de *Look East* y a desplegar algunas instalaciones en dos archipiélagos bajo su dominio en su costa oriental: Andamán y Nicobar. En este sentido, ya en 1945, Panikkar, un pensador indio, puso de manifiesto el valor del componente marítimo en la seguridad de India, aludiendo a Mahan y resaltando la posición de estas dos islas, por su ubicación en la desembocadura del Estrecho de Malaca (Bhattacharya, 2019). Cabe destacar que la posición de India en el Índico siempre ha respondido a una lógica defensiva, que no pretendía modificar el statu quo, ni desarrollar procesos de expansión o dominación (Srimal, Megha y Sharon, 2018).

Pese a lo cual, durante años ha sido uno de los pocos Estados del mundo con capacidad para operar con portaaviones, dotados de medios V/STOL, mientras que en los últimos tiempos ha venido desarrollando una estrategia de bases exteriores (sobre todo, para la ubicación de radares y sistemas de escucha electrónica) que se extiende a las islas Mauricio, las Seychelles, Madagascar y a Omán. Esto último, probablemente, para contrarrestar la creciente presencia militar china en Pakistán y en el Índico occidental (de los cual es una buena muestra la base de Yibuti). Todo ello hace pensar que, de la mano de su creciente bonanza económica, India podría optar por transformar su poder potencial en poder militar, para pasar de ser un actor escasamente implicado en la escena internacional, a ser uno de los principales actores del tablero mundial en los próximos lustros.

De este modo, ante el ascenso de china en el espacio indo-pacífico, se hace necesario la colaboración entre Estados Unidos e India -valiéndose también de la

⁶ Intento de una flotilla indonesia de disuadir a India en el transcurso de la guerra indo-pakistaní del año 1965 y navegación de un portaaviones estadounidense por la Bahía de Bengala durante la Guerra indo-pakistaní del año 1971

ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático)- para salvaguardar la libertad de navegación en la región.

CONCLUSIONES

Tras todo lo expuesto es posible observar la utilidad de los marcos teóricos aplicados al caso de India, pues en el contexto de evolución de su política exterior ha adoptado desde posturas más agresivas, propias del neorrealismo que define Mearsheimer, hasta posiciones más defensivas/disuasorias, -que se extienden hasta la actualidad- enmarcadas en el neorrealismo de Waltz. En este sentido, también se ha observado la imposibilidad de aproximarse a la situación geopolítica de India tan sólo a través de estos enfoques, pues no definen de una manera completa la posición del país asiático a nivel regional e internacional. Por ello, se valida la premisa propia del neoliberalismo de Keohane y Nye cuando afirman que todas las situaciones -cuando menos la de India- que forman parte de las redes de la política mundial se posicionan en un punto intermedio entre los tipos ideales que plantea el neorrealismo y el neoliberalismo -la interdependencia compleja-.

Asimismo, es razonable determinar que el contexto geopolítico de India depende de las relaciones entre China, Rusia y Estados Unidos. En función de estas interacciones será posible plantear tres escenarios distintos de futuro en Asia: el primero de ellos se basa en el dominio de Estados Unidos, tras lograr equilibrar el ascenso de China en la región. En este caso, India apoyaría al país norteamericano -*balancing* frente a China-, aunque manteniendo la prudencia; pues en un supuesto conflicto, Estados Unidos no se encontraría en posición de proteger a India contra China. En este sentido, India continuaría preservando su relación con Rusia, basada en el interés en materia de adquisición de equipos de defensa.

El segundo escenario, respondería a un mantenimiento del *statu quo* y empujaría a India al realineamiento progresivo con Estados Unidos y la búsqueda de un cambio en materia de adquisiciones de defensa hacia fuentes occidentales, sin dejar por ello de tener lazos con Rusia y China, sobre todo a través de la OCS, manteniendo su autonomía estratégica en el contexto internacional.

Por último, un tercer escenario plantearía un ascenso de China, y el consiguiente descenso de Estados Unidos. En este caso, China supondría una mayor amenaza para la seguridad de sus vecinos -incluida India- y se produciría un fortalecimiento de la relación entre el gigante amarillo y Rusia. Ante esta situación, India tendría dos opciones: una alineación más fuerte con Estados Unidos o el intento de apaciguar a China mientras lucha por su equilibrio interno a través de la acumulación militar de carácter defensivo; aunque el precio que exigirían China y Pakistán sería muy alto.

El escenario más plausible es el que se ha planteado en primer lugar: un cambio gradual de India hacia Estados Unidos para frenar el avance chino -*balancing*- pero en un contexto de autonomía estratégica que implica la no-realineación completa. De ese modo, India continuaría con su crecimiento económico y ganaría más peso en este ámbito, pero no en el geopolítico, por sus problemas geoestratégicos que frenan su conversión a gran potencia.

No obstante, cualquiera de estos tres escenarios, implicaría el crecimiento económico y la estabilidad política interna de India. En este sentido, el país asiático

debería aprovechar su desarrollo del *smart power*, basado en la combinación del poder blando para promover un modelo de democracia indo en la región -en un intento de ganar peso a nivel regional- y el desarrollo del poder duro con carácter defensivo/disuasorio. Esto refleja lo recogido por los postulados neoliberalistas cuando afirman que el *hard power* -poder militar y económico, poder real de India- resulta insuficiente para imponer un orden internacional determinado, por lo que se hace necesario desarrollar también el *soft power* -cooperación, alianzas...-; es decir, el *smart power* como combinación de los dos anteriores.

REFERENCIAS

- Alcalde, Javier (2016). “El ascenso de India: de colonia al umbral de gran potencia”, *Agenda Internacional*, XXIII (34), pp. 9-48.
- Anand, Rahul; Kochhar, Kalpana y Mishra, Saurabh (2015). “Make in India: Which Exports can drive the Next Wave of Growth?” *IMF Working Paper*, 15/119.
- Baqués, J. (2016). El poder naval de la India: de las armas nucleares al refuerzo de la flota oceánica. *Análisis GESI* 3/2016.
- Bhattacharya, S. (2019). India, ASEAN and Indo-Pacific geopolitics. *Revista UNISCI*, n° 49, 241-264.
- Dalei, N.; Roy, H. y Gupta, A. (2017). “Crude oil import of India from its major oil trade partner countries: An empirical evidence using panel data análisis”, en *International Journal of Advanced Research and Development*, 2 (6), pp. 726-735.
- Keohane, R. O. (1998). International institutions: Can interdependence work?. *Foreign Policy*, 110, 82-96.
- Keohane, R. O., & Nye, J. S. (1987). Power and Interdependence revisited. *International Organization*, Vol. 41, No. 4, 725-753
- Keohane, R. O., & Martin, L. L. (1995). The Promise of Institutionalist Theory. *International Security* (Vol. 20).
- Keohane, R. O., & Nye Jr., J. S. (1998). Power and Interdependence in the Information Age. *Foreign Affairs*, 77(5), 81–94.
- Kochanek, Stanley y Hardgrave, Robert (2008). *India: Governmenta and Politics in a Developing Nation*. Boston (MA): Thomson & Wadsworth.
- Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: Norton.
- Schmidt, J. D. (2017). The internal and external constraints on foreign policy in India: exploring culture and ethnic sensitivities. *Third World Quarterly*, 38(8), 1894–1908.
- Snyder, G. (2001). Mearsheimer’s World— Offensive Realism and the Struggle for Security. A Review Essay, *International Security*, vol. 27, n°. 1, pp. 149–173.

- Sridharan, E. (2017). Where is India headed? Possible future directions in Indian foreign policy. *International Affairs*, 93(1), 51–68.
- Srimal, F., Megha G. y Sharon, J. (2018). El Océano Índico y su papel en el fortalecimiento de la seguridad de India. *Documento marco IEEE* 17/2018.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*, McGraw Hill.
- Wendt, A. (1992). Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics. *International Organization*, vol. 46, 2, pp. 391-425.